

XXI

Aquella enfermedad debía serme tan cruel como fatal.

Os pido perdón, doctor, por no haberos llamado para asistir á aquella pobre niña.

Dejé obrar como quiso al doctor Charvet. Yo estaba aniquilado.

Durante los días de peligro no me sentía capaz ni de querer ni de pensar.

No salía de la habitación de la enferma y pasaba el tiempo á su lado, siguiendo paso á paso los progresos de la enfermedad.

Pensaba que perdiendo aquella criatura, que me era doblemente querida, iba á perder todo cuanto me quedaba de porvenir y de alegría.

La paz de mi casa había concluido para siempre.

El afecto de Angela estaba muy cruelmen-

te maltratado para que se curara de su herida.

Yo lo creía así al menos.

No tenía razón.

Hubiera debido tener más confianza en aquella unión de quince años, que no había alterado ninguna querella. Con algunos esfuerzos, disculpando mi falta, usando caricias y lisonjas permitidas, poniendo en juego los medios con ayuda de los cuales se recupera un terreno perdido, hubiera podido atenuarla, suavizar la pesadumbre de aquella traición y conseguir la reconciliación necesaria para nuestro reposo.

No tuve tiempo de ocuparme de eso.

Esto fué una desgracia más.

Angela no podría perdonarme este abandono.

No volví á presentarme en la avenida Gabriel.

Aunque disculpando mi ausencia, explicándosela por razones más ó menos plausibles, Angela debió pensar que yo hubiera podido distribuir el tiempo entre mis dos enfermas, consolar, tanto á la que lo estaba del corazón, como á la que un mal postraba en el lecho, lo

eual ignoraba la baronesa, porque en mi turbación y mi desesperación, ni aun pensé en informarla de las causas de mi alejamiento.

—Creyó, pues, que mi pasión por Ana-María era la única causa de él y que yo había tomado en serio su declaración provocada por una legítima cólera!

«Todo ha concluido entre nosotros.»

A partir de mi conversación con Virginia, todo quedó roto en efecto entre la baronesa y yo.

Ella continuó haciendo su vida pasada: corrió como de ordinario los salones de sus amigas, los tés á donde podía ir sola; se la vió en el bosque con su coche, muy alegre siempre; hizo punto de honor no dejar traslucir ninguna pena; ¡tal vez no las dejaba traslucir porque no las tenía

Fresneuse interrumpió á su amigo:

—Querido—dijo—tú te calumnias.

El barón movió la cabeza.

Desvaux emitió su parecer.

—El marqués tiene razón.

—¿Cómo lo sabeis?

—Una mujer que os ha amado quince años no puede desligarse de vos tan fácilmente.

—¡Lo creéis así!

—¿Es uno fisonomista, ó no lo es?

—¿Qué quereis decir?

—He tenido el honor de encontrar varias veces á la señora baronesa...

—¿En dónde?

—Un poco en todas partes... En la Opera hace unos diez dias.

—Estaba conmigo—declaró el doctor Mortimer.—Mi barba gris me vale ciertos privilegios.

—¿Y qué?

—¿Qué? querido, he aquí mis impresiones: la baronesa estaba admirablemente puesta... su vestido color paja era todo lo que hay de más elegante en París... su cutis, siempre soberbio y palpitante—perdonad este detalle—sus cabellos castaños no tienen el más mínimo matiz plateado, ni un hilo blanco. Los ojos resplandecían... tal vez con el fuego de la fiebre, mas, por decirlo todo en una palabra, se la veía que sufría... ¡Había abatimiento en aquella cabeza tan joven, tan primaveral!... Sus párpados estaban amoratados y en sus labios se veía un pliegue que indicaba el dolor...

Sin duda, esto es casi imperceptible. A diez pasos de distancia, la baronesa es la misma... de cerca, se comprende que hay en ella algo, no se sabe qué, una oruga en la flor, un gusano en la manzana. La oruga y el gusano es la pena... Conozco eso, lo conozco demasiado, y apostaría veinte contra uno á que si vuestra mujer quisiese confesar la verdad, diría que tengo razón. ¡Es tan fácil ver cuando uno sufre!—Desvaux se tocó el pecho;— ¡cuando se tiene una pena en el corazón y está interesada la cabeza!... Esas heridas, creedlo, no se curan como se quiere! ¡hablo por una experiencia que no quisiera tener!

El pintor se interrumpió.

—¡Soy tonto con mis sentimentales discursos! Dadme un cigarro doctor y viva la alegría! ¡El amor, la vanagloria, el vino, el dolor mismo, todo no es más que humo, ilusión y quimera!

Y dirigiéndose á Chatel.

—Vamos, continuad,—le dijo.

El baron le habia escuchado en silencio. El acento incisivo del pintor, su ligereza aparente, su falso escepticismo, ocultaban mal la pena profunda, ponzoñosa, incurable,

que callaba por orgullo, y de la que trataba de consolarse por el trabajo y la gloria, sin conseguirlo.

El pintor no exageraba al calificarse de buen fisonomista.

Lo era en efecto.

El hermoso Claudio sintió remordimiento al oír hablar de la pena de la baronesa.

No se podía ser impunemente el marido de una mujer hermosa, honrada y graciosa cuya única culpa es amar demasiado la sociedad, y el lazo de la costumbre, el más fuerte de todos, no se rompe sin un resentimiento de las fibras más vibrátiles del corazón.

El baron quería aún (como Desvaux quería aún á su infiel) con menos celoso ardor, pero con tanta fuerza, á la que habia sido la compañera de los mejores dias de su juventud.

La baronesa estaba siempre bella y seductora.

Su ternura no habia desmerecido jamás.

Tal vez no necesitara más que aquella prueba, aquella sacudida, aquellos celos, despertados bruscamente en ella, para que la

llama que dormitaba en el fondo de su alma se despertase por el viento de la tempestad que la volvía á encender y la daba un ardor que no había tenido jamás.

Chatel no pensó más.

No había comprendido más que una palabra del discurso del pintor.

¡Su mujer sufría! A pesar de sus esfuerzos por aparecer risueña, satisfecha y bulliciosa, se notaba la pena en su sonrisa.

He aquí todo.

Esto le conmovió profundamente.

Desvaux, con las piernas cruzadas, tendido en la ancha butaca, encendía un cigarro con ese aire desenvuelto con que las gentes de la buena sociedad disimulan sus más vivas emociones, mientras que de Aubagny, muy íntimo suyo, le decía:

—¡Vamos! ¡no lo ocultes! Tú sufres... ¡Confíesalo! ¡Eso te consolará!

—Hacia fines de marzo—repuso el barón—Ana-María se encontraba fuera de peligro; pero su convalecencia debía de ser larga y difícil. Recuperó la salud en la primavera. ¡La juventud tiene inagotables recursos! En abril estaba ya repuesta y más hermosa que

nunca. La compré un coche cerrado y todos los días, á las horas en que el Bosque está casi desierto, la acompañaba al paseo y recorría á pie con ella, para que recobrara las fuerzas, los senderos extraviados por donde la gente de nuestra sociedad se aventura pocas veces. La colmaba de cuidados, que ella agradecía con una de esas angelicales sonrisas que penetran hasta el fondo de las almas.

La creía, pues, feliz y la ocultaba mis secretos aburrimientos y los apuros que me causaba nuestra misteriosa vida en una ciudad en donde soy tan conocido.

Jamás le hablé de la baronesa, y con un tacto que no podía pedirle á su falta de experiencia, ella no pronunciaba su nombre, ni el de Virginia, ni el de cualquiera que pudiera recordarnos mi casa.

Uno de los primeros días de mayo volvimos de nuestro paseo por el Bosque: eran las ocho de la noche.

Estábamos comiendo enfrente el uno del otro. Aquí debo confiaros un detalle que os parecerá raro, pero no dudaréis de mi palabra si os lo afirmo.

En pocas semanas la había formado, hasta el punto de que hubiera podido pasar por una joven de la buena sociedad.

Durante su enfermedad la expliqué lo que esperaba de ella, el porvenir que la preparaba.

A cada instante la repetía:

—¡No me queda nada mas que tú! Quiero verte encantadora, envidiada, digna en todo de tu destino. Tu hermosura será mi excusa.

Me escuchaba con atención y lucía en sus ojos el ardiente deseo que tenía de agradarme.

Las mujeres felizmente dotadas tienen en sí una elegancia natural y aptitudes que las trasforman con una rapidez admirable.

Un profesor inteligente puede trasformar en pocos meses á una guardesa de pavos en una marquesa.

Hablo del exterior.

La modista y la peinadora ayudan potentemente.

Para la imaginación, el noviciado es más difícil; pero en Ana-María el terreno estaba ya preparado, y es preciso decir que tenía en el alma una poesía extraña y un sentimiento

profundo de las cosas de la naturaleza que la prestaban el encanto exquisito de las flores silvestres y de las plantas de los campos y de los bosques, flores de agavanzo, pajarilla ó campanilla nacida al aire libre y que la mano del hombre no ha tocado nunca.

¡Qué de palabras salidas del corazón he oído!

¡Qué de seductoras palabras se han grabado en mi memoria para no salir jamás de ella!

¡Qué ingenuos arranques y qué entero abandono, conmovedor y lleno de encanto.

La comida había terminado.

Acabábamos de pasar á su habitación.

Un fuego suave ardía en la chimenea, cerca de la cual nos sentamos.

Desde hacía algunos minutos, guardaba Ana-María un silencio tímido, y yo leía en sus ojos un deseo que ella no se atrevía á expresar.

A la verdad, en aquellos momentos la amaba con una pasión tal, que era incapaz de negarla nada.

Si me hubiera pedido un hotel; si me hubiera exigido la mitad de mi fortuna, se la

hubiera dado con alegría, sin vacilar un momento.

Por otra parte, yo no dudaba que ella no fuese mía, mía sólo y para siempre.

Sería tal vez insensato esto; pero mi convicción no ha cambiado.

La atraje hacia mis rodillas y, meciéndola como á un niño, la dije con dulzura:

—¿Tienes algo que pedirme?

Ocultó su cabeza en mi pecho y la oí murmurar en voz baja:

—Sí.

XXII

Yo no sabía cuál podría ser aquel misterioso deseo suyo.

Ana María vacilaba en expresarlo.

La animé cuanto pude diciéndola:

—No temas nada. Sea lo que quiera lo que deseas, está concedido desde luego.

Levantó sus grandes ojos cuya mirada me atraía y con voz que despertaba en mí, yo no sé qué emoción profunda y triste.

—Comprendo demasiado que soy una molestia para vos, me dijo.

—¡Tú!

Movió la cabeza suavemente.

—No trateis de engañarme, con bondad. No conozco nada el mundo y no soy más que una ignorante, pero adivino ciertas cosas, y veo bien lo que os ocurre. Yo os privo de vuestros amigos: os obligo á estar encerrado

á mi lado: ocultais vuestra vida! En fin, ni aun os atreveis á volver á vuestra casa.

—¿Qué me importa todo eso?

—Me importa á mí que seais feliz y no podeis serlo así...

Iba á protestar.

—No lo negueis,—repuso con viveza poniéndome una mano sobre los labios, con un gesto lleno de gracia.—Sé lo que digo.

Yo me asusté de aquella lucidez.

—Pero te amo, Ana María,—la dije estrechándola con fuerza contra mi pecho...—y tú me bastas.

Inclinó la cabeza varias veces y con acento intraducible:

—¿Hoy,—replicó,—pero mañana?...

Ella lo había adivinado todo.

Quedé mudo, y entonces añadió:

—¡Yo también os amo con ardor, á vos exclusivamente. Lo que siento por vos es adoración. Si necesitáseis mi sangre, os la daría sin vacilar. ¡Mi vida es vuestra, haced de ella lo que queráis! Pero no quiero atormentaros. No quiero veros triste y pensativo. ¡Que no estuviera cerca de vos como en otro tiempo en los primeros días de mi entrada en

vuestra casa!... Os admiraba de léjos, os veía sonreír entre vuestros amigos. Me asomaba á las ventanas por contemplaros un segundo. Cuando salíais á caballo, os seguía todo lo léjos que alcanzaba á veros. ¡Entonces érais feliz! ¡Ahora, qué diferencia! ¡Ah! no puedo expresar bien lo que siento, pero he dicho bastante y vos me habeis comprendido. De modo que no me negareis lo que os voy á pedir.

—Habla.

Yo no podía disimularlo.

Ana-María decía la verdad.

Estaba excesivamente ligado á ella; y hasta comprendía que aquella unión sería indestructible. Encontraba un verdadero y delicado placer en formar aquella naturaleza inocente y pura; casta á pesar de su falta; en instruírla, en desarrollar su natural elegancia, en iniciarla en esos refinamientos del lujo que la convenían como á una duquesa un collar de diamantes, pero ella había leído en el fondo de mi alma.

Yo no podía separarme sin pena de todo cuanto me rodeaba ántes de nuestras relaciones.

No podía explicar mis sentimientos, pero amaba á la vez á dos mujeres con un amor diferente.

Sentía hácia Angela el cariño y la amistad engendrados por quince años de intimidad casi sin una nube.

La agradecía infinito el tacto y la delicadeza con que ocultaba nuestra ruptura á los ojos de la sociedad, el silencio que guardaba y la abnegación con que cubría nuestra derrota, porque aquello era una derrota verdadera.

La baronesa pensaba bien.

Si la sociedad hubiera conocido aquella aventura, ¡qué desencanto! La sociedad es estúpida. Juzga todo con sus ideas preconcebidas, sus imbéciles rigores, sus preocupaciones seculares. Su balanza es con frecuencia más falsa que las de la justicia, y no admitirá jamás, por ejemplo, que se recojan perlas en un muladar.

Sin el sacrificio de Angela, hubiera sido ya escarnecido, por esto la guardaba un agradecimiento profundo.

Amaba á Ana María de otro modo, y la amaba más tal vez. La amaba como á una de

esas esclavas favoritas que los musulmanes encierran en su harem, como una cosa mía, como una alhaja de la cual no quería separarme.

Estaba desesperado por no poder conciliar estos dos amores, y temblaba por mi impotencia.

La perfidia de Virginia había trastornado por completo mis planes y destruído una felicidad que, sin élla, me hubiera sido fácil conservar.

Me torturaba la imaginación por encontrar un remedio á aquella catástrofe.

No existía.

El mal estaba hecho y era irreparable.

Ana María lo sabía y medía su extensión.

Me echó los brazos al rededor del cuello, y me dijo:

—¡Echais de menos vuestra casa, vuestros amigos, todo lo que os he hecho perder! Yo también echo de menos algo...

—¿Es posible?

—¡Ay de mí, tan posible!

—¿Qué echas tú de menos?

Ana María dijo en voz tan baja, que apenas pude oirla:

—Mi país.

—¿Querías volver á verlo?

Inclinó la cabeza.

—¿Consentirías en abandonarme?—añadi.

—¡Oh! por algún tiempo nada más, por pocas semanas.

—¿En el estado en que estás?

—¿Por qué no?

—¿Pero sabrían allí?...

—Tal vez no.

—¿Puede ocultarse eso?

—La casa de mi madrina está aislada, me encerraría en ella.

—¿El rector?...

—Le confesaría todo mi secreto... Es necesario que yo pida perdón á Dios por mi falta.

—¿Qué diría la misma Francisca?

—Lloraría un poco... pero perdonaría...

¿No es una madre para mí?

—¿Los otros?... el aduanero, Carhel...

—Llegaría de noche, en las tinieblas. Me deslizaría en la casa de mi madrina... Nadie me vería... Allí al menos sería consolada, cuidada por una mujer á quien amo y que me ama.

De pronto se animó.

—¡Ah! vos no conocéis el corazón de nuestras madres, de las pobres mujeres de nuestras aldeas, obligadas á separarse de sus hijas, á enviarlas á Paris cuando ya son grandes, á ganar su vida. ¡Bien saben lo que las espera! ¿Por qué habian de escapar las unas mejor que las otras de la mala suerte; venid á nuestro país, vereis algunos niños correr descalzos, casi desnudos, por la playa llamando á sus madres que ya no están allí. Mujeres ancianas cuidan de ellos y les tienen en su casa. Viven y crecen á la voluntad de Dios. Esos son los niños de Paris. No se les trata peor que á los otros. Sus madres ausentes piensan en ellos, y les alimentan, no con su leche, sino con su sangre, que se acaba pronto. Paris no es bueno para ellas. Mueren jóvenes. Entre esos niños, hay muchos huérfanos. No conocerán jamás á supadre... No lo tienen, y esto es tal vez un afelicidad para ellos, porque esos padres son canallas

Cerró los ojos y añadió con una ternura, un amor y un agradecimiento indecibles:

—¡Vos sois bueno! ¡El mio no será desgraciado como esos!

Yo reflexionaba. En el fondo me costaba mucho trabajo separarme de ella, aunque fuera por pocos días; pero podría preparar el porvenir durante aquella ausencia, y tal vez atenuar el mal causado por Virginia.

Noticias adquiridas respecto á Angela me habían conmovido violentamente.

Estas noticias eran poco más ó menos lo que Desvaux acababa de expresar:

¡Sufría! ¡Luego seguía amando!

Una vaga esperanza se presentaba en mi espíritu, pero solo como esas auroras que apenas atraviesan las tinieblas de la noche.

Más tarde os diré cuál era esta esperanza.

—¿De modo—repuse—que te gustaría pasar allí algún tiempo?

—¡Oh! sí.

Conté por los dedos.

—¿Pero eso llegará pronto?...

—Tenemos un médico en Plougastel.

—¿Se llama?...

—El señor Pordie.

Ese galeno de aldea no me inspiraba confianza, á decir verdad.

Ana-María adivinó mi inquietud.

—Y, además, está allí mi madrina—dijo

casi con alegría,—feliz con la idea de volver á Bretaña, y el señor rector, que también sabe cuidar á los enfermos. No temáis nada.

La esperanza de aquél viaje la daba una repentina alegría.

—¡Seré valiente!—añadió.—¡Amaré tanto á mi hijo, porque vendrá de vos!...

Hice una última objeción.

—Estarás muy mal en aquella cabaña, mientras que aquí...

—¡Mal!—exclamó con dulce ironía.—Aquí es donde estoy mal, en este lujo que no ha sido creado para mí, y que me humilla. ¡Ah! ¡si vos no estuviéseis aquí! ¡Pero os veo en él!... ¡En Tréogat no os veré, pero pensaré en vos sin cesar, siempre! Dirigiré los ojos hacia París, y á través del espacio os reconoceré... Me diré en dónde estáis, lo que hacéis... ¡Veré también á vuestros amigos, que os rodearán! Sabré que veis, que sois feliz como ántes. ¡Qué más podré desear!

Y murmuró, estrechándose contra mí, su exclamación bretona:

—¡Oh! sí ¡bah!

—¿Lo quieres?

—¡Yo no quiero más que lo que vos me permitáis!

—¡Pobre niña!

—¡Después...—repuso con gravedad—dentro de algunas semanas... de algunos meses más bien, hareis de mí lo que queráis.

Todas sus palabras están fijadas en mi memoria, sus menores gestos han quedado en mis ojos, sus miradas penetran aún hasta el fondo de mi alma.

—Pues bien,—la dije—queda convenido.

—¡Consentís.

—Sí.

—¡Oh! gracias.

—Pero te llevaré yo mismo.

—¿De veras?

—¿No lo querías tú?

—Esa sería demasiada alegría.

—No te dejaré hasta que estés en seguridad en casa de tu madrina. Quiero asegurarme... ver por mis ojos...

Un temor la asaltó.

—He dicho por la noche... Es preciso que no sospechen...

—Ten confianza. ¿Cuándo quieres marchar?

—Lo antes posible.

Tenia razón. Era preciso apresurarse.

Hice mis preparativos al día siguiente.

Amontoné objetos de *toilette*, ropa blanca y toda una canastilla de recién nacido rico, en grandes baules.

Ana-María escribió á su madrina dos líneas:

«Llego en secreto .. ¡Ni una palabra á nadie!»

El doce de mayo, á las ocho de la noche, tomé con ella el expreso de Brest.

Una profunda alegría resplandecía en su dulce rostro.